

¿PUEDEN LOS CHATBOTS EJERCER EL ANÁLISIS? PSICOANÁLISIS, TÉCNICA Y SUBJETIVIDAD EN LA ERA DE LA IA

*CAN CHATBOTS PRACTICE ANALYSIS?
PSYCHOANALYSIS, TECHNIQUE, AND SUBJECTIVITY
IN THE AGE OF AI*

*PODEM OS CHATBOTS EXERCER A ANÁLISE?
PSICANÁLISE, TÉCNICA E SUBJETIVIDADE NA ERA DA IA*

José De Souza

Asociacion Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica

Montevideo, Uruguay

Correo electrónico: jooseedesouza@gmail.com

ORCID: 0009-0003-8543-4456

Recibido: 14/3/2026

Submitted: 3/14/2026

Recebido: 14/3/2026

Aceptado: 29/4/2026

Accepted: 4/29/2026

Aceite: 29/4/2026

Para citar este artículo / To reference this article / Para citar este artigo

DE SOUZA, J. (2026). ¿Pueden los chatbots ejercer el análisis? Psicoanálisis, técnica y subjetividad en la era de la IA. *Equinoccio. Revista de psicoterapia psicoanalítica*, 7(1), 109-121. DOI: doi.org/10.53693/ERPPA/7.1.7

Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional (CC BY 4.0)

Resumen

El avance de las inteligencias artificiales conversacionales introduce una escena inédita: cada vez más personas recurren a chatbots para hablar de su malestar y buscar respuestas inmediatas. Este trabajo retoma la interrogante freudiana sobre si los legos podían ejercer el análisis, para preguntarse si los chatbots podrían ocupar ese lugar. El artículo utiliza esta pregunta como vía para repensar qué define la práctica analítica. A partir de aportes de Freud, Foucault y Habermas, se examinan las diferencias entre una racionalidad instrumental orientada a producir respuestas y la experiencia analítica como espacio intersubjetivo donde la palabra, la escucha y el vacío permiten que emerja algo del sujeto.

Palabras clave: lenguaje, inconsciente, vínculo, tecnología.

Abstract

The advancement of conversational artificial intelligences has introduced an unprecedented scenario: increasing numbers of people are turning to chatbots to talk about their distress and seek immediate answers. This paper revisits Freud's question of whether laypersons could practice analysis in order to ask whether chatbots might occupy that position. The article uses this question as a way of rethinking what defines psychoanalytic practice. Drawing on contributions from Freud, Foucault, and Habermas, it examines the differences between an instrumental rationality oriented toward producing answers and the analytic experience as an intersubjective space in which speech, listening, and emptiness make it possible for something of the subject to emerge.

Keywords: language, unconscious, bond, technology.

Resumo

O avanço das inteligências artificiais conversacionais introduz uma cena inédita: cada vez mais pessoas recorrem a chatbots para falar de seu mal-estar e buscar respostas imediatas. Este trabalho retoma a interrogação freudiana sobre se os leigos poderiam exercer a análise, para perguntar se os chatbots poderiam ocupar esse lugar. O artigo utiliza essa questão como via para repensar o que define a prática analítica. A partir das contribuições de Freud, Foucault e Habermas, examinam-se as diferenças entre uma racionalidade instrumental orientada à produção de respostas e a experiência analítica como espaço intersubjetivo no qual a palavra, a escuta e o vazio permitem que algo do sujeito emerja.

Palavras-chave: linguagem, inconsciente, vínculo, tecnologia.

INTRODUCCIÓN¹

En los últimos años, a una velocidad propia de las nuevas tecnologías, las inteligencias artificiales (IA) conversacionales han pasado de ser herramientas experimentales a integrarse progresivamente en múltiples ámbitos de la vida cotidiana. Sistemas capaces de producir textos, responder preguntas o sostener diálogos relativamente complejos comienzan a utilizarse para tareas muy diversas, que van desde el análisis de documentos laborales hasta la consulta sobre cuestiones personales.

En ese contexto, no resulta extraño que algunas personas recurran a estas tecnologías para hablar sobre sus preocupaciones, sus conflictos o su malestar emocional. La disponibilidad constante de estos sistemas, su capacidad para responder de forma inmediata y la sensación de interlocución que generan los vuelven dispositivos particularmente atractivos para quienes buscan una instancia de escucha o de respuesta instantánea.

Este fenómeno plantea interrogantes relevantes para distintas disciplinas. El psicoanálisis² no puede permanecer ajeno a la pregunta por el lugar que estas tecnologías podrían ocupar en relación con el sufrimiento psíquico. La interrogante que guía este trabajo es: ¿pueden los chatbots ejercer el análisis?

La pregunta remite a la formulada por Freud (1926/1976b) hace un siglo. En 1926, en el contexto de un debate ético, Freud publicó su texto

¹ Este artículo fue aprobado por la editora María Eugenia Noble.

² A los efectos de mejorar la fluidez de la lectura, se utilizará la expresión *psicoanálisis* en singular. Sin embargo, esta designación remite al campo plural de los *psicoanálisis*, entendiendo que la diversidad de orientaciones, lecturas y prácticas surgidas a partir de la obra que Freud inauguró constituye hoy una condición necesaria para pensar su vigencia.

¿Pueden los legos ejercer el análisis? Allí defendía la posibilidad de que el psicoanálisis fuera practicado por personas que no poseían formación médica, siempre que contaran con una formación analítica adecuada. La analogía entre ambas preguntas es evidentemente imperfecta. Las inteligencias artificiales no son sujetos humanos ni participan de una formación analítica. Sin embargo, la comparación permite situar el problema en un plano más amplio: el de aquello que define la práctica psicoanalítica y las condiciones que la hacen posible. En este sentido, la pregunta por los chatbots no debe leerse solamente como un interrogante técnico, sino también como una ocasión para volver a pensar qué es lo que distingue la experiencia analítica de otras formas de conversación o de producción de sentido.

DIOS CON PRÓTESIS

La cuestión de las IA no puede pensarse sin considerar el lugar que la *téchne* ocupa en la cultura.

El hombre se ha convertido, en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares; pero estos no se han integrado con él, y en ocasiones le dan todavía mucho más trabajo. (Freud, 1930/1976, p. 90)

La metáfora *dios-prótesis* resulta especialmente sugerente para pensar la contemporaneidad. Freud (1930/1976) señala que estos avances de la tecnología funcionan como una extensión de las capacidades humanas, pero advierte también que esas prolongaciones no se integran sin conflictos a la vida psíquica. Las tecnologías amplían nuestras posibilidades, pero también generan nuevas formas de dependencia, nuevas expectativas y nuevos malestares. Las IA pueden pensarse como una etapa particularmente avanzada de este proceso, el propio Freud en el mismo texto indica que el progreso no termina en lo conocido en 1930 y vaticina un futuro inimaginable. Hoy en día,

las IA no se limitan a ampliar las capacidades físicas o perceptivas del ser humano, sino que intervienen directamente en el campo del lenguaje y del pensamiento. En este sentido, pueden ser consideradas como prótesis simbólicas o cognitivas, capaces de participar en procesos tradicionalmente asociados a la actividad humana, como escribir, traducir, resumir, explicar o conversar. Entonces, ¿pueden los chatbots ejercer el análisis?

Quizás podamos coincidir en que la respuesta vinculada a la capacidad de la IA para constituir un espacio de análisis, va a ser un *no* rotundo entre colegas. Creo que el motivo ético de los textos referidos de Freud vuelve a tener vigencia y puede abrir al menos dos caminos para reflexionar.

DESDE EL USUARIO

Hace más de veinte años la revolución de internet y el acceso a las búsquedas en línea abrieron un universo de información a los *legos*. En ellas se introducía una consulta y el buscador enlistaba miles de páginas, el usuario tenía que elegir a cuál ingresaba para encontrar la respuesta o ir construyendo una con la lectura de varias de las páginas dadas. Este era un estilo de consulta casi bibliográfica, solo que ya no era en una biblioteca física, sino que abarcaba todo a lo que el buscador tenía acceso virtual, lo que estaba en línea.

El cambio de paradigma tecnológico que estamos atravesando, de manera tan rápida como sutil, puede resultar imperceptible. Hoy las personas ya ni siquiera tienen que dedicarse a buscar o elegir a qué respuesta ni enlace ingresar. Mucho menos leer varias páginas para construir su propia respuesta. Ya no es una búsqueda, es una conversación, o eso busca emular. Se introduce un *prompt*³ con diferentes

3 La definición técnica establece que un *prompt* es una entrada de texto que sirve como punto de partida para que un modelo de IA genere contenido. Es el gatillo que activa la capacidad generativa del sistema y determina, en gran medida, la calidad y la relevancia de la respuesta obtenida.

estilos: una duda, un síntoma, un listado, una orden o una frase, y se recibe una respuesta en tiempo real que inicia una conversación. La misma suele siempre validar al usuario, esto significa que la IA va a darle la razón en lo que este haya planteado y tratará de darle una respuesta, aun cuando no lo entienda cabalmente. No habrá un vacío del lado del chatbot, tampoco habrá lugar para la duda; la IA siempre buscará construir una respuesta o llevar al usuario hasta un terreno donde *entienda* que hay una respuesta.

Los usuarios o consultantes-pacientes que necesitan respuestas ¿pueden ver la diferencia entre un espacio como el del análisis y una respuesta de la IA? Es cada vez más notorio que las personas comienzan a utilizar estas herramientas con IA en búsqueda de respuestas de alivio. Si están desbordados o sufriendo y tienen esa *herramienta* en cualquier momento y en cualquier lugar, ¿qué harán?

Transitamos una época en la que el vacío inhabilita, donde parece que la duda ya no produce creatividad, sino parálisis. Es un tiempo en el cual las respuestas tienen que ser procesadas en segundos y donde estamos expuestos a bombardeos de información, recetas y modos de vivir ajustados a la rapidez y fugacidad contemporánea, o donde se ha perdido la atención del *usuario*.

Podemos hipotetizar con Foucault (1966/1978) que este avance tecnológico genera un cambio de los procesos de saber y de verdad en estas respuestas inmediatas que dan estas plataformas con IA. Donde el hombre comienza a quedar descentrado de su lugar de poder ante esta invención reciente, estas tecnologías comienzan a detentar un lugar que quizás aún no logramos comprender. Y aquí la pregunta que Foucault buscó responder entre Nietzsche y Mallarmé sobre *quién habla*, en relación con el lenguaje y la palabra, podría resignificarse a *qué habla*, en torno a la cosa: los servidores que están al otro lado de ese diálogo simulado y que responden a una lógica de poder de grandes empresas impersonales... ¿tenedoras o habilitadoras del conocimiento?

Esta aceleración temporal en las búsquedas, este cambio de paradigma en lo tecnológico, va impactando en los procesos psíquicos, ya

no solo de los nativos digitales, sino en los de todos. Esto es, sin lugar a dudas, parte del trabajo al que Freud entendía como costo al no poder integrar las prótesis a nuestra humanidad.

¿Cómo impacta hoy, en el espacio analítico, esta inmediatez del paciente? En estas condiciones, el interés del consultante no parece orientarse tanto hacia la posibilidad de pensarse en relación con un vínculo o con la escucha de un otro real, sino hacia la obtención de una respuesta que convenza, que alivie, que calme. ¿La respuesta alivia? ¿Qué lugar se da hoy a la incertidumbre, al vacío, al no saber?

DESDE EL ESPACIO DE ANÁLISIS

Me propongo recorrer algunos cuestionamientos más allá del primer fervor «gremial» de negar el ingreso de este actor que ha llegado *silenciosamente* para quedarse.

La realidad es que para las personas (entre quienes me incluyo) es cada vez más común consultar —ya sea escribir o hablar— a las IA que se encuentran en los diferentes dispositivos electrónicos con los que convivimos —smartphones, computadoras o tablets—. Esta constante búsqueda de respuestas atrapa y, en algunos casos, alivia a quienes consultan estas IA, ya que esta tecnología está diseñada para simular un diálogo humano. Eso es justamente lo que hace que se denominen *inteligencias artificiales conversacionales* y que explica que para muchos usuarios sea muy difícil ver el límite y no tomar la *charla* como si lo que estuviese al otro lado fuera un par (sujeto humano), que te responde o te aconseja porque te conoce.

La idea de que te conoce también es fundada, porque, una vez creada una cuenta, la tecnología comienza a *alimentarse* almacenando todo lo que el usuario le informe, ya sean dudas, datos personales, su constitución familiar, dónde vive, cuál es su trabajo o estudio, fotos, planillas con datos laborales, etcétera. Y al momento de responder, la IA usa esa información para adaptar su interacción con el usuario que *tiene enfrente*. Esto genera una complejidad aun mayor en términos de

contralor de estos dispositivos, porque ya no ocurre como en las búsquedas de Google, donde ante la misma pregunta aparecen las mismas páginas para los diferentes usuarios. En este momento, aunque el *prompt* sea igual, las respuestas (conversaciones) van a variar con cada usuario según el volumen de información brindada, el historial y la cantidad de interacciones. Esto genera una idea de cercanía que puede ser muy peligrosa en estructuras vulnerables.

CADA UNO A SU MÉTIER

Pensar el carácter invasivo de esta nueva realidad, que parece haber llegado para quedarse, ha favorecido una conexión con el rol liberador que Habermas (1990) atribuye al psicoanálisis. Este autor se propone pensar el psicoanálisis a través de la filosofía y, a la vez, la filosofía a través del psicoanálisis.

De hecho, Habermas (1990) analiza el psicoanálisis como un nuevo paradigma del conocimiento guiado por un interés emancipatorio. En su obra, distingue entre el interés técnico, propio de las ciencias empírico-analíticas, orientado al dominio de la naturaleza, y el interés práctico, característico de las ciencias histórico-hermenéuticas, centrado en la comprensión del sentido. Y luego ubica al psicoanálisis en una tercera esfera: aquella del saber que busca la liberación de fragmentos reprimidos de la propia biografía que fueron deformados por coacciones internas o sociales que determinan al sujeto (Habermas, 1990).

En esta nueva forma de ciencia hermenéutica, Habermas (1990) llega a indicar que el propio Freud desconoció o pseudocomprendió en esta vía una *nueva ciencia del hombre*, quizás por su lectura positivista de conducir el psicoanálisis al mundo de las ciencias reconocidas. En el psicoanálisis, el conocimiento no se dirige a un objeto externo, sino que el sujeto es a la vez sujeto y objeto de la reflexión. Esta peculiar relación consigo mismo, mediada por otro, inaugura una forma de racionalidad distinta de la instrumental. El proceso analítico no produce leyes generales, sino que promueve una transformación del sujeto

a través de la palabra, que decanta en un proceso de autorreflexión, «desarrolla un nuevo lenguaje *ad hoc*, en el cual el lenguaje de la interpretación general está de acuerdo con el del paciente» (Habermas, 1990, p. 262).

Es esta posibilidad de devolverle al paciente su condición de sujeto la que pone en juego en la escena del análisis una hermenéutica de lo profundo. En efecto, Habermas (1990) toma como central del funcionamiento del proceso analítico la búsqueda de una parte perdida de la biografía del sujeto. Esta biografía devenida en lenguaje es lo que se pone en juego en la instancia de análisis. El autor plantea las alteraciones entre el lenguaje público y el lenguaje privado para el propio sujeto, fruto de restricciones que denomina *omisiones* o *deformaciones* de esa biografía, que terminan derivando en síntomas; esas deformaciones le son ajenas al sujeto. La tarea del proceso analítico se transforma, entonces, en una búsqueda del sentido perdido y su integración a la biografía del sujeto, lo que lo liberará de algo que le era ajeno.

Esta búsqueda de sentido perdido constituye la vivencia que Freud (1914/1976a) denominó *reelaborar*. En el proceso de reelaboración, cuando la resistencia se vuelve más intensa y empiezan a hacerse visibles las fuerzas pulsionales reprimidas que la sostienen, en el trabajo en conjunto, como experiencia, el paciente puede reconocer su existencia y su fuerza: «En esas circunstancias, el médico no tiene más que esperar y consentir un decurso que no puede ser evitado, pero tampoco apurado» (Freud, 1914/1976a, p. 157).

Por lo tanto, podríamos aceptar que las IA conversacionales son tecnologías de interpretación del lenguaje que buscan dar una respuesta con una capacidad fuera de lo humanamente posible, no solo en términos temporales, ya que procesan datos en segundos, sino también de información acumulada, en tanto la bibliografía (conocimiento-datos) a la que accede es todo lo que se encuentre en línea. Ahora bien, ¿basta con rapidez e información para dar respuesta a un sujeto que sufre? Freud (1914/1976a) destaca el trabajo en transferencia como base de un proceso que no se fundamenta en rapidez, sino justamente en una vivencia que no se puede acelerar.

Si atendemos a lo procedimental del intercambio entre humano y chatbot, tanto la teoría freudiana como el planteo de Habermas (1990) dirán que lo que genera el sufrimiento (el síntoma) es justamente la parte vedada del lenguaje del sujeto.

Entonces, si pensamos en el usuario o consultante: ¿cómo podría escribir el *prompt* correcto?, ¿cómo transmitir lo que le pasa mediante un comando cuando se juega mucho en lo que no se puede transmitir?, ¿cómo salir de lo netamente manifiesto? Si pensamos en el chatbot: ¿cómo captura lo no dicho una computadora?, ¿dónde queda aquello que no puede decirse y se manifiesta en el cuerpo? Estas dificultades de intercambio modifican lo que la IA entiende que le está pasando al usuario, ya que, por definición técnica, la respuesta del chatbot dependerá de la claridad del *prompt* transmitido por el consultante.

Es en el plano de lo intersubjetivo que podemos acercarnos a develar qué sucede con ese sujeto que sufre:

el enmascaramiento del sentido del síntoma y la perturbación correspondiente de la interacción no son inicialmente comprensibles ni para los demás ni para el sujeto mismo. Se hace comprensible sobre el plano de la intersubjetividad que debe producirse entre el sujeto en calidad de yo y el sujeto en calidad de *ello*, cuando médico y paciente rompen juntos de forma reflexiva las barreras de la comunicación. (Habermas, 1990, p. 255)

Habermas (1990) resalta la parte intersubjetiva y artesanal del psicoanálisis, algo que quienes hemos estado de un lado y del otro de la escena analítica podemos confirmar. Esta cualidad de personalización refuerza lo difícil que ha sido para el psicoanálisis detentar el lugar de ciencia, ya que se vuelve un arte que se despliega en el encuentro, un arte incluso *après coup*, tanto para el sujeto como para el analista.

Las IA conversacionales pueden dar una respuesta binaria, según el lenguaje de ceros y unos con que fueron creadas; su objetivo en la respuesta es dar un cierre. La posibilidad de un encuentro con otro no tiene un desenlace binario, ya que es el encuentro mismo lo que abre

en vez de obturar. Es en ese interjuego que se produce un nuevo sentido, no instrumental, a diferencia de lo que busca un sistema cerrado de ceros y unos. Un código binario no puede dar sentido, ya que

el «sentido» se devela en el curso de un drama. En nuestro propio proceso de formación somos ciertamente espectadores y críticos a la vez [...] el sujeto tiene también que poder contar su propia historia y haber comprendido las inhibiciones por el camino de la autorreflexión. (Habermas, 1990, p. 258)

Al igual que en 1926 Freud justificaba que no solo el saber médico producía cambios en el paciente, sino que validaba las cualidades personales, las experiencias vividas y la confianza depositada por el paciente en el vínculo analítico, podemos hoy afirmar que no son suficientes la velocidad de respuesta ni el procesamiento de innumerables textos para que se produzca el acto analítico. El analista no aplica un procedimiento técnico, sino que sostiene una relación comunicativa en la que el sujeto puede reinterpretar su propia historia y romper las cadenas de la repetición inconsciente. La IA encarna el tipo de racionalidad instrumental que responde al interés técnico: busca procesar información y predecir y optimizar resultados. Sin embargo, el proceso analítico pertenece al ámbito del interés emancipatorio, donde el conocimiento no se aplica a un objeto, sino que emerge de un proceso de autorreflexión mediado por otro sujeto.

CONCLUSIÓN

La utilización, en las formas más diversas, de la IA no se puede frenar. Es claro que su uso para intentar aliviar un sufrimiento es parte del cotidiano de muchas personas, que entienden o emplean estos chats como un *espacio*. No podemos desconocer que para ciertas personas y en ciertas ocasiones este tipo de intercambio produce el efecto buscado, como puede surtir efecto una serie de actividades o acciones

que generen cierta descarga o desahogo, como un ciclo de respiraciones profundas, hacer ejercicio o comer algo que guste.

La IA es una herramienta que frente a determinado ingreso va a dar una determinada respuesta, pero no podemos afirmar que dicha respuesta sea inocua. Es probable que para algunas estructuras psíquicas esto pueda ser más iatrogénico que para otras. Pero lo que sí es seguro es que no resolverá el conflicto de fondo, como no lo resuelve una cucharada de helado a largo plazo.

Allí donde la IA busca eficiencia e inmediatez, el psicoanálisis busca autenticidad, y esta no se revela sin la mediación de la palabra y la escucha. Pero la escucha psicoanalítica no consiste en procesar datos y dar respuestas; es una escucha que produce, en tanto es fruto de un vínculo que sostiene, que tolera el vacío del discurso, que soporta la angustia y se sirve de estas *perturbaciones* para reescribir una biografía libre de alienaciones impuestas por la sociedad y autoimpuestas por mandatos introyectados.

Es en el espacio intersubjetivo del lenguaje donde el autoconocimiento se convierte en emancipación. Pero no en el sentido de acceder a una verdad definitiva sobre sí mismo, sino en la posibilidad de modificar la relación con aquello que determina al sujeto. En términos freudianos, no se trata de eliminar el conflicto, sino de transformar la posición del yo frente a lo inconsciente. Y en una lectura cercana a Foucault, podría pensarse que esta transformación implica también un desplazamiento en las condiciones desde las cuales el sujeto produce verdad sobre sí mismo. En este mismo sentido, y retomando a Habermas (1990), la experiencia analítica puede comprenderse como un proceso de autorreflexión que, mediado por el lenguaje y el vínculo con otro, habilita la desarticulación de distorsiones en la comunicación y abre la posibilidad de una relación menos coaccionada con la propia historia.

Una inteligencia artificial puede organizar información, producir textos verosímiles y sostener una conversación que simule cercanía. Sin embargo, el problema que plantea su irrupción no se reduce a la capacidad técnica de responder, sino al tipo de respuesta y su relación

con el saber y con el sufrimiento que esas respuestas instauran. Tal vez, entonces, la pregunta por los chatbots no deba encontrar su resolución en el plano tecnológico. Su emergencia más bien introduce una inquietud que desborda ese campo y que toca un punto decisivo de nuestra época: ¿qué lugar queda para una práctica fundada en la palabra cuando la cultura parece orientarse cada vez más hacia respuestas inmediatas, calculables y sin profundidad? Frente a la lógica de los algoritmos, regida por la articulación de ceros y unos, el psicoanálisis insiste en otra escena: aquella en la que el sujeto puede encontrarse con lo que en su decir excede cualquier cálculo.

En este sentido, más que clausurar la pregunta, la irrupción de estas tecnologías vuelve aun más actual la apuesta psicoanalítica: no importa tanto la respuesta, sino lo que se genera en ese vínculo, siempre y cuando ese *entre* involucre justamente a humanos. Esto es, sostener un espacio donde la palabra no sea solo un medio de intercambio de información, sino el lugar donde algo del inconsciente pueda llegar a decirse..

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FOUCAULT, M. (1978). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1966).
- FREUD, S. (1976a). Recordar, repetir y reelaborar. En *Obras completas* (vol. 12, pp. 145-157). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- FREUD, S. (1976b). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En *Obras completas* (vol. 20, pp. 165-244). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- FREUD, S. (1976). El malestar en la cultura. En *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1930).
- HABERMAS, J. (1990). *Conocimiento e interés*. Taurus.